

fuera más grandes las necesidades de la Iglesia. Fué aquello manantial de favores divinos derramados en aquella piadosa casa. No cesaba la edificación de los romanos, sobre todo, cuando veían aquellas interminables filas de novecientos niños, que modestamente se dirigían de dos en dos á sus casas, acompañados por los Padres. Los más grandes señores hacían detenerse sus carrozas para no deshacer las ordenadas líneas, hasta que concluía el desfile. Sería imposible dar cuenta de todos los Cardenales, Prelados, Príncipes y Embajadores que iban á edificarse en aquellas Escuelas, cuyos éxitos eran tan brillantes como completos.

Después de haber hecho imprimir la parte del Oficio Parvo que rezaban los niños á las seis de la mañana, compuso é hizo imprimir José un librito titulado: *Algunos misterios de la Vida y Pasión de nuestro Señor Jesucristo, propios para los niños de las clases inferiores de las Escuelas Pías*. Diólo como libro de lectura á los pequeños estudiantes, lo hacía aprender de memoria, no pudiendo comprender los Visitadores, cómo podían responder aquellos niños con tanta precisión á las preguntas que se les dirigían sobre la piedad y la religión, y cómo estaban tan atentos, y eran tan dóciles. Esto hizo que gran número de personas caritativas le favoreciesen con sus limosnas.

Vencido el demonio en cuanto había emprendido contra las Escuelas, no cejaba en la lucha, sino que inventaba nuevos medios para destruirlas definitivamente. Nada había podido conseguir ni con el Papa ni con la opinión pública: él daría á la empresa otro sesgo hasta llegar al resultado apetecido.

Recibía José inmensas limosnas; pero era inagotable su caridad. Nos sentiríamos tentados á acusarle de imprudente ó pródigo, si no tuviéramos que inclinarnos ante la santa locura de los santos, acostumbrados á obrar sin atender á las reglas de la humana sabiduría. Cuanto más le daban, tanto más daba él en sus diarias visitas á los hospitales y á las cárceles. Daba á cuantos pobres le pedían, y eran muchos, pues le conocían todos: daba gratuitamente á sus alumnos lo necesario para las clases, y hasta daba de comer á los que eran muy pobres, y no lo eran pocos. En una Escuela tan numerosa era incalculable el gasto de menaje, porque los niños, según la costumbre de entonces y de hoy, pierden y destrozan fácilmente lo que nada les cuesta. En una palabra, José lo daba todo y á todos, y aunque no hubiera por el momento otra cosa en la casa. Las rentas de España se retrasaban, y á pesar de todo continuaba gastando sin interrupción. Se habían contraído algunas deudas, y comenzaba á faltar á los maestros hasta lo indispensable á la vida: había que aumentar el trabajo, y disminuir el alimento. El demonio supo aprovecharse de la ocasión. Persuadió á los maestros que no podía ser durable aquella obra, los recursos faltaban, y el encargado de proveer á todo, era un pródigo: podía morir de un momento á otro, y dejarlos en el mayor apuro. ¡Qué ver-

güenza, si después de tan excesivas fatigas y de una vida de tanta labor, se veían obligados á retirarse! Mejor sería hacerlo inmediatamente. Calentáronse las cabezas; faltaba sólo un cabezillo; lo hubo, y se organizó secretamente el complot. Dragonetti, que había entrado ya en sus ciento y un años, no quería terminar su vida en medio de oprobios y desprecios. Una mañana llegaron á las clases los maestros á la hora ordinaria, pero con manteo y sombrero, y cuando se presentaron los niños, les manifestaron que las Escuelas Pías estaban demasiado pobres para poder continuar, y que salieran á buscarse maestros en otra parte. Los niños sorprendidos ante aquella vacación que no esperaban, y sin comprender lo que aquello significaba, salieron de la clase en el mayor tumulto. Atraído por el ruido San José, les preguntó á dónde iban: y apenas contestaron, conoció la malicia del demonio su enemigo. Hizo entrar á todos en el Oratorio, reunió á los maestros, y les preguntó el por qué de conducta semejante. «Padre Prefecto, respondió el P. Gaspar Dragonetti, aumentan las deudas y el trabajo, y nos hallamos en la más completa pobreza. No tenemos más fuerzas para seguir en las Escuelas, y nos retiramos». «*Hombre de poca fe*, respondió San José, ¿esa es la palabra que dió V. á la Virgen, cuando, al venir aquí, le prometió servirla hasta la muerte? Tenemos deudas, es verdad, pero ¿no está Ella encargada de pagarlas? Tenga V. confianza en Dios, y atenderá á nuestras necesidades más de lo que puede V. creer. Recuerde lo que dice el Evangelio: vea los pájaros del campo, no siembran, ni recojen, no amontonan en los graneros, y nuestro Padre celestial se encarga de alimentarlos. ¿Acaso no somos más que todos ellos? ¡Qué escándalo vamos á dar al público, al desconfiar nosotros mismos de nuestra obra! Reconozca V. que es una de las tretas del enemigo envidioso de ver lo bien que trabajamos, y las almas que ganamos para Dios. No hay que dejarse vencer por él; cada uno á su clase: los pobres de Jesucristo, que habéis despedido, están todos en el Oratorio». Profundamente conmovidos quedaron los maestros ante aquellas palabras pronunciadas con todo el fuego y con toda la elocuencia de la convicción; permanecieron confusos y silenciosos. En nombre de todos tomó la palabra el anciano P. Dragonetti, y, arrodillándose, pidió humildemente perdón á su Padre Superior, prometiendo perseverar hasta la muerte, y todos volvieron á las clases. Puesto todo en su estado normal, dijo José al P. Ventura Seraselino que fuese á buscar dos cerrajeros. Mandóles hacer inmediatamente dos cepillos, cada uno cerrado con tres llaves, y conservando él una, dió las otras á los PP. Dragonetti y Seraselino, haciéndolos colocar en la puerta con estas palabras: «Limosna para las Escuelas Pías». Llegada la tarde, llamó á su habitación al P. Dragonetti, y llevando allá los cepillos el P. Seraselino, los abrieron. El pobre viejo no podía contener la risa ante la prontitud con que San José pensaba encontrar ya algo en la



tarde del primer día, pero ¡cuál no fué su asombro, cuando entre algo más de cuarenta escudos en plata, encontraron una obligación de doscientos escudos oro contra el Banco de Bonamini! Como más tarde supieron, aquel regalo anónimo era del cardenal César Aldobrandini. Ya no faltó nunca lo necesario á la casa, atribuyendo todos aquel milagro á la santidad y á la fe de José. En cuanto á éste no sabemos, si con la lección aprendió la prudencia, pues continuó las limosnas con la misma prodigalidad que hasta entonces.

Sintió el P. Dragonetti que se reanimaba su confianza en la Santísima Virgen, y, para dar testimonio con su amor, del profundo sentimiento que tenía de su falta, mandó hacer una estatua de la Virgen, pintada y dorada, con una corona real en la cabeza, y el niño Jesús en el brazo izquierdo, y, bendecida por el P. Prefecto, la colocó cerca de su clase, y con frecuencia iba á arrodillarse ante ella. Lo mismo hacía San José con sus niños, acudía á ella siempre que tenía alguna necesidad urgente, y obtenía cuanto pedía. «No creo, decía, que me haya negado jamás la Majestad de Dios cuanto he necesitado para el Instituto y para mi salvación, si con los más puros y más inocentes de mis niños he venido á pedirlo á la Santísima Virgen». Aquella estatua colocada en la casa contigua á San Pantaleón, fué puesta en un altar lateral de la Iglesia, cuando entraron en posesión de ella las Escuelas Pías. En 1681, después de la muerte de nuestro Santo, reedificada la Iglesia de San Pantaleón con nuevos planos y con mayor extensión, fué colocada en lo alto de la escalera que conducía á la habitación y al Oratorio del Padre. Arrodillado á los pies de aquella *Madonna*, siempre ha conseguido el pueblo gracias muy abundantes. Cuando en 1870 se apoderaron los piemonteses de San Pantaleón que es la Casa Madre, respetaron aquella estatua, que siempre está en lo alto de la escalera, rodeada de flores, y donde muchas veces la hemos venerado nosotros mismos.

Entre tanto, en los palacios de Roma, y especialmente en el Vaticano, no se hablaba sino de San José y de su gran Obra. Y es que en Roma había una amplitud y libertad de ideas que no podemos comprender nosotros, principalmente los franceses acostumbrados á centralizarlo y á achicarlo todo. Allí no se temía competencia alguna, con tal se hiciera el bien. Los Romanos repetían con San Pablo: *Dum omni modo Christus annuntietur, et in hoc gaudeo, sed et gaudebo.* (1) Los Maestros que ganaban el pan educando á los niños se habían sublevado, es verdad; pero no pensaron así los numerosos Colegios que había en Roma. En ninguna parte son más tolerantes los curas: jamás se ha oído que haya habido un conflicto entre ellos y los que se dedican á las grandes Obras. La gran figura del Papa domina

(1) Me gozo y me gozaré en esto, con tal que Jesucristo sea anunciado en todas partes, ó por pretexto ó por verdad. (Fil. I, 18.)



LA VIRGEN DEL V. P. DRAGONETTI.

MANDÓ HACER UNA ESTATUA DE LA VIRGEN PINTADA Y DORADA



todas esas pequeñeces lugareñas, y nadie piensa en poner obstáculos al bien por mezquinas rivalidades. Paulo V, que constantemente oía hablar de José, deseó verle. Necesitábase orden expresa del Pontífice, porque la humildad del Santo que le impedía hablar con los Cardenales, había de ser mayor obstáculo para que se presentase al Papa. Además absorbíanle todo el tiempo los cuidados de su inmensa Obra y de tantas obras antiguas que no había dejado todavía. No iba á palacio, sino cuando lo llamaban: Paulo V respetaba aquella delicadeza. Pero saliendo un día el Papa de la Iglesia del Panteón, vió á José que atravesaba la plaza. Haciendo detener la litera y toda la corte pontificia, le preguntó por el estado de su Congregación, y le animó á continuar con valor. Conversó con él largamente, dándole las mayores pruebas de sincero afecto. Siempre numeroso el público al paso de su soberano y de toda la comitiva, admirado ante tales muestras de aprecio, no dudó que estaba destinada á José alguna elevada dignidad, y comenzó á correr la voz de que iba á ser Cardenal. El humilde siervo de Dios no vió en aquello sino motivos de confusión y vergüenza, pero no se engañó el público en sus conjeturas.

Poco tiempo después, el 8 de julio de 1609, murió el Cardenal Torres con gran sentimiento de Calasanz. En el testamento dejó cien escudos para las Escuelas Pías. Después de haber hecho orar mucho por él, pensó José en pedir nuevo Protector, indispensable en aquellas momentos tan críticos para su Orden. Dirigióse á pie á Palacio: inmediatamente lo introdujo su gran amigo, el Cardenal Peretti: pero no fué pequeño su dolor cuando Paulo V le dijo: «Vos seréis el Protector, pues pienso crearos »Cardenal». Mortal fué para José golpe semejante. Entregado por completo á su obra, había rehusado dos veces dos ricos Obispados de España, y el Arzobispado de Brindis para el cual quiso presentarlo su Rey, ¿cómo iba á aceptar la más alta dignidad de la Iglesia? En lugar de manifestarse agradecido al Papa, como lo exigía el caso, derramó tantas lágrimas, y presentó tales razones que, edificado y conmovido el Papa ante tan raro espectáculo, le prometió que no pensaría en él. Nombró Protector al Cardenal Benito Giustiniani, creado por Sixto V, Prelado muy instruido, muy hábil, muy prudente, espléndido y notablemente piadoso. De muy buena gana aceptó aquel cargo, y aumentó la pensión que daba á las Escuelas Pías su predecesor. Era tan grande la veneración en que tenía á nuestro Santo que dijo á sus servidores: «Aprecio tanto al P. Calasanz que, si »no fuera Cardenal, saldría á la puerta á recibirle, cuando viene, porque es verdadero Santo».

En 1610 recibió José dos nuevos reclutas que aumentaron mucho su obra por su valor personal, y permanecieron en ella hasta su muerte: era el primero, D. Juan García, caballero de Segovia en Castilla, que fué á Roma en calidad de paje del Embajador de su Majestad Católica, y que había concebido res-